

**Memorias de  
una novelista**  
Virginia Woolf

colección minilecturas

# Memorias de una novelista

Virginia Woolf

Traducción de  
Blanca Gago

Nordica libros  
2022

Título original: *Memoirs of a Novelist*

© De la traducción: Blanca Gago

© De esta edición: Nórdica Libros SL

Doctor Blanco Soler 26 - CP: 28044 Madrid

Tlf: (+34) 91 705 50 57 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: enero de 2022

ISBN: 978-84-18930-53-9

Depósito Legal: M-36813-2021

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados (Alcobendas)

Directora de la colección: Eva Ariza Trinidad

Diseño de colección: Ignacio Caballero

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y

Ana Patrón

Cubierta impresa en papel Guarro Casas Masterblank gofrado

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Cuando murió la señorita Willatt, en octubre de 1884, el sentir general, como bien lo definió su biógrafa, fue que «el mundo tenía derecho a saber más de una mujer tan admirable como retraída». Semejante elección de adjetivos revela que ella nunca habría deseado lo mismo, a menos que alguien la hubiera convencido de que el mundo extraería, con ello, un notable beneficio. Tal vez, la señorita Linsett logró convencerla antes de morir, pues publicó dos libros sobre su vida y sus

cartas con el beneplácito de la familia. Si examinamos la frase introductoria y moralizamos un poco al respecto, puede surgir toda una página repleta de preguntas interesantes. ¿Qué derecho tiene el mundo a saber de un hombre o una mujer? ¿Qué puede decirnos un biógrafo sobre una persona?, y ¿en qué sentido puede el mundo beneficiarse? La objeción a estas cuestiones viene dada no solo por el enorme espacio que ocupan, sino también porque conducen a incómodas divagaciones. Concebimos el mundo como una bola pintada de verde en los campos y los bosques, azul fruncido en el mar y unos piquitos bien apretados en las cadenas montañosas. Cuando nos disponemos a imaginar el efecto que

la señorita Willatt o cualquier otro ejercerían en él, la indagación, aunque respetuosa, perdería su viveza. No obstante, si empezar por el principio y preguntarnos por qué se escriben las vidas supone malgastar el tiempo, tal vez no estaría de más preguntarnos por qué se escribió la vida de la señorita Willatt y, con el fin de responder a dicha cuestión, quién era esa mujer.

La señorita Linsett, pese a cubrir sus razones bajo un manto de larguísimas frases, actuó con una fuerza que la impulsaba desde atrás. Cuando la señorita Willatt murió, «después de catorce años de amistad inquebrantable», la señorita Linsett —siempre según nuestras conjeturas—, sintió un cierto desasosiego. Tuvo la impresión

de que algo se perdería si no hablaba en ese momento, y aunque otros pensamientos muy distintos no vacilaron en ocupar su mente —lo agradable del placer de la escritura, lo importantes e irreales que se vuelven las personas en el papel y el mérito que supone haberlas conocido, lo bien que sienta hacernos justicia a nosotros mismos—, la impresión primordial acabó por imponerse. De regreso del funeral, al mirar por la ventanilla del coche, le resultó extraño, primero, e indecoroso, después, que la gente de la calle pasara de largo sumida en una total indiferencia, algunos incluso silbando. Luego, de forma espontánea, fueron llegando cartas de «amigos comunes», el editor de un periódico le propuso escribir mil

palabras de aprecio y, al final, la señorita Linsett decidió sugerir a William Willatt que alguien debería escribir la vida de su hermana. Él era un abogado sin experiencia literaria, pero accedió a que otra persona emprendiera la escritura, siempre y cuando no «derribara ciertas barreras», y así fue como la señorita Linsett escribió el libro, que, con un poco de suerte, aún puede encontrarse en Charing Cross Road.

A juzgar por las apariencias, el mundo no parece haber hecho uso de ese derecho a saber más sobre la señorita Willatt. Los dos libros se colocaron entre *Sobre las bellezas de la naturaleza*, de Sturm,<sup>1</sup> y el *Manual*

---

<sup>1</sup> Christoph Christian Sturm, *Beauties of nature delineated*, 1800. (N. de la T.).

*del cirujano veterinario* en la atestada estantería de la calle, a expensas del polvo y los chasquidos del gas, donde cualquiera podía leerlos hasta que el chico les llamaba la atención. Casi sin darnos cuenta, uno empieza a confundir a la señorita Willatt con sus restos mortales y mirar esos libros sucios y desgastados con cierta condescendencia. Hay que repetirse una y otra vez que sí, existió de verdad, y sería más pertinente comprender cómo era entonces que afirmar —por muy cierto que resulte— que, a día de hoy, su figura roza el ridículo.

Entonces, ¿quién era la señorita Willatt? Probablemente, su nombre apenas resulte conocido en la presente generación, que habrá leído sus libros

solo por un mero azar. Estos reposan junto a las trilogías de los años sesenta y setenta en el estante más alto de las pequeñas bibliotecas que suele haber en la costa, de modo que solo pueden alcanzarse con la ayuda de una escalera y un trapo para quitar el polvo.

Nació en 1823 y era hija de un abogado galés. La familia residía parte del año en Tenby, donde el padre tenía su despacho, y la presentó en sociedad con motivo del baile organizado por unos oficiales en la Casa Masónica del Ayuntamiento de Pembroke. La señorita Linsett apenas se detiene en la familia durante las treintaiséis páginas con que despacha los primeros diecisiete años de la biografiada. Menciona, eso sí, que los Willatt descendían

de un comerciante del siglo XVI que escribía el apellido familiar con V, y que Frances Ann, la novelista, tenía dos tíos: uno que inventó un método de lavado para las ovejas, y otro a quien «sus parroquianos recordarían durante mucho tiempo. Se dice que incluso los más pobres llevaron luto [...] en recuerdo del “buen pastor”». Todos esos datos, sin embargo, no son más que artimañas de biógrafo, un modo de marcar el tiempo en esas primeras páginas heladas en que la heroína no hará ni dirá nada «típico de ella». Por alguna razón, sabemos muy poco acerca de la señora Willatt, hija de Josiah Bond, un prestigioso comerciante de ropa blanca que, más adelante, al parecer, logró comprarse «una casita».